

Reconciliación

En la sala pequeña del Institut del Teatre (Baixa de Sant Pere), el colectivo «La Cuina de les Arts» inicia su segunda temporada



«Claqué» no viene de «claqué» (aplausos). Significa, en francés, la parte del zapato que envuelve el pie, o la danza que tiene a ese zapato como protagonista

EL mundo del escenario se divide en dos grandes trabajos: el de quienes trabajan frente al público, y tienen nombre, y el de quienes, anónimamente, trabajan en la sombra de las tareas técnicas. El primero, a su vez, se divide en dos: el de los actores y el de los artistas. Y paradójicamente, nadie reconoce que los llamados artistas hagan arte. Ellos —malabaristas, payasos, cómicos, prestidigitadores— son el proletariado del escenario: altamente cualificados, son capaces de realizar operaciones de elevada complejidad técnica, que requieren largos y duros años de aprendizaje. Los actores «de drama» son el ocasional, no hacen otra cosa que pronunciar un texto que no han escrito, bajo las directrices de un extraño, y sin embargo, aunque a menudo ganen menos dinero, gozan de un prestigio moral superior. ¿Por qué extraña razón un dentista tiene menos prestigio que un cardiólogo, y un peluquero menos que un dentista? ¿Por qué un malabarista es menos que un actor que sale y dice «La cena está servida» cuando este actor ni siquiera sabe servir una mesa?

La Cuina de les Arts está rompiendo esta muralla. En primer lugar, traslada a los artistas a un lugar donde se supone que se hace arte. La gente, allí, se sienta de forma distinta, los focos están colocados de otra manera, los precios son más bajos. Nadie pretende ganar fortunas (o nadie se arriesga a perderlas) a costa del trabajo ajeno. Cierro es que Els Magijus repiten sus trucos de siempre. Pero por el mero hecho de la descontextualización geográfica, adquieren una nueva dimensión: su estética ochocentista y su contemporánea habilidad son algo más que una mera exhibición virtuosa. Alcanza categoría de discurso, de filosofía. Desbordan la lógica escolástica según

la cual A no es —A. Desbordan según la cual A contiene a —A. Van mucho más allá: un pañuelo no sólo es un pañuelo: un pañuelo no, es, tampoco, un antipañuelo; puede ser otra cosa absolutamente distinta, puede ser una paloma o una flor. Lo que no se lee en la televisión o en la sala de fiestas, se lee en la Cuina de les Arts.

La reconciliación no acaba aquí. Además, estos números aparecen inmersos en un conjunto, en un «Menú de Varietats» donde se incluye también un género —el mimo— que pertenece por herencia a la clase superior: la de los actores. Es algo así como poner sardinas en una carta a base de langostas. Y confrontados, ambos alimentos reducen los aprioris gustati-

vos del comensal y uno puede acabar prefiriendo manjares que habíamos calificado de vulgares. Entre la pretensión surrealista de un número de mimo como «El somni de la raó», de indudables ambiciones, y el terrorífico surrealismo de Yuriko & Susuky y sus platos con furor giratorio, yo prefiero el segundo.

Ciertamente, el espectáculo exige algunos retoques. Cesc Queral debe tomarle el pulso a su nuevo público; Fàbrega y Calderón debieran someter su mimer a un mímico dramaturgo; el grupo Claqué a Tres debiera

evitar las dudas que supera largamente en su último número.

Se trata, sin embargo, de pequeños detalles que no consiguen empañar la noche.

Estreno: Teatre de l'Institut, 7-XII-79. Intèrpretes: Cesc Queral, Mercè Cortadas, Mireia Font, Toni Mira, Yuriko, Susuky, Magicus, Jordi Fàbrega, Antoni Calderón. Escenografía: Lluís Alba. Direcció: J. Fàbrega, A. Calderón, A. Santacana.

Jaume Melendres

Un caballo llamado deseo

*Tolstoi adaptado por dos autores
soviéticos actuales y ofrecido
a la concurrencia
de la mano de Manuel Collado*

«HISTORIA de un caballo» es una adaptación de un cuento de León Tolstoi debida al dramaturgo ruso Rozovsky y al poeta Riashentseu (ambos sobre los cuarenta años). Estamos, pues, ante un exponente del teatro ruso actual. Al igual que en el cine, los soviéticos han abandonado el realismo garbancero por otro más estilizado, lírico y, en ocasiones, como en esta, casi mágico.

Es una obra original que está dando la vuelta al mundo. Se representó el verano pasado en el Festival de Avignon y más de una boca se quedó abierta de estupefacción. Entre otros la de

Manuel Collado, hombre de teatro joven, audaz y ambicioso, que últimamente compagina la producción con la dirección. El caso es que, efectivamente, hacían falta elevadas dosis de valor para traerse aquí un espectáculo que sorprenderá a la afición. Un espectáculo que responde a la idiosincrasia eslava, un espectáculo plástico-musical, de expresión fabulosa (de fábula), de altos costes y para el cual se requería una compañía específicamente adiestrada en unas artes que no son las típicas de la escena española.

A pesar de todo, Collado se empenó y ahí está el tinglado: diecinueve intérpretes, siete músicos, un director de mimo-

grafía (el belga Frederick), coordinación vocal (Dina Rot), escenografía, iluminación y vestuario (Carlos Cytrinowski), etc., etc. Lo menos que cabe desearle es suerte, pues el espectáculo posee una dignidad indudable y para llegar al nivel obtenido ha habido que dejar atrás muchos cientos de horas de trabajo y disciplina. Pero vayamos por partes.

«Historia de un caballo» es un cuento infantil, una fábula característica de la literatura rusa. Una historia simple, clara, elemental, que esconde una significación humanista no menos simple, clara y elemental. Relata la vida de un caballo pío (en este sentido es la historia de una marginación) con todos sus avatares, desde la infancia pasando por el momento cumbre en que vence en una carrera hasta la decadencia final y el sacrificio. Junto al mundo de los caballos está al mundo de los hombres, los distintos propieta-